

PANAMBI

Cuentan historias de remotas tierras que un alma humana renace infinitamente, casi eternamente, en la tierra. Hasta llegada la definitiva hora en que, finalmente su brillo ha de morir dentro de su limitada forma y pasar a convertirse en esencia, imposible de expresarse en lenguaje humano. Pero podemos figurarnos esta transformación como la oruga que, cansada de arrastrarse torpemente, decide nacer sus alas y volar ebria entre las coloridas flores de primavera.

La historia que usted posee en sus manos trata sobre una singular niña. Una niña que carecía del lenguaje de los hombres, sin embargo, distaba mucho de ser muda, pues, escuchaba y comprendía profundamente el lenguaje de la naturaleza, el susurro de los vientos, el cantar de las aves y el quejido de los animales. Y comienza así:

A mediados de los años mil quinientos, un matrimonio adentrado en edad, habitantes de unas verdes praderas en cercanías del río Paraná y Paraguay, vivieron

dos sucesos impensables que marcarían profundamente los últimos años de sus tranquilas vidas. La primera fue el sueño que tuvo el esposo: del agua les brotaría una hija con dos ojos verdes como las antiguas selvas de su tierra y un corazón límpido como las aguas que besan las tierras que les provee de alimento. En la misma noche la esposa tuvo el siguiente sueño: Hombres de lejanas tierras arribarían con fuego en el corazón y fiebre en sus mente; grande sería el lamento y la aniquilación de esos días. Estos sueños fueron

vivenciados en una noche serena de luna llena, las hojas caían y las arañas tejían bajo el susurro de las estrellas.

Los esposos al amanecer se contemplaban bajo los primeros suspiros del día. Ninguno supo del sueño del otro, pues cabe referir, ambos eran mudos de nacimiento. Ya la fuerza palidecía en sus carnes y la vista perdía su fulgor. Desde que tuvieron sentido habían habitado esas llanuras bordeadas de bosques vírgenes. Dos potentes ríos fluían a unos kilómetros, pero estos eran hambrientos y arrastraban toda

el agua de sus alrededores. Por esta razón, cultivaban poco. Se dedicaban a la pesca y recolección de frutos silvestres para el ritual de la alimentación.

Aquella noche en que los relámpagos doraban el ennegrecido cielo, el esposo se encontraba entre los camalotales procurando hacerse de peces para la cena. Grande fue su sorpresa cuando vio mecerse en la superficie una forma de llamativa simetría. Una vez trocado el miedo por la curiosidad se acercó a contemplarla y ¡vaya sorpresa! El sueño, de pertenecer a la dimensión

de lo mágico, se concretaba en la realidad. Dentro de un canasto un bebé de radiantes ojos verdes yacía boca arriba como contemplando el firmamento... era una noche de relámpagos, las hojas caían y los arañas tejían bajo las estrellas.

A falta de lenguaje humano para expresarse, el matrimonio había aprendido una rudimentaria forma de comunicación, consistente en el movimiento de sus partes corporales. Es así como podemos enterarnos de lo ocurrido en la humilde choza aquella noche.

– Nahániri, péva ikatu paje1 –
reclamó asustada la esposa.

– Anichéneko... emañamína umi
hesamimíre...2

–Mamo jaikuaáta mamóguipa ou.3

–Ýgui heñói, che rembireko. Ikorasõ
ipotĩta pe y ho'áva yvágaicha4 –
Respondió el marido recordando su
sueño de anoche y en su interior
brotaba una tibia y embriagadora
sensación que llenaba su cuerpo por
primera vez. Si fuese un lector de
libros, sabría que a ese sentimiento
los humanos lo llaman amor y que

lo sentido por él, era uno de los más puros: el amor paternal.

1-¡No! Esto puede ser una maldición.

2-No creo... observa esos ojos...

3-Cómo saber de dónde procede.

4-Del agua nació, querida. Su corazón será límpido como el agua caída del cielo.

Con el lucero anticipando las altas horas de la madrugada, finalmente la buena mujer aceptó criar a la niña cuan si fuese hija suya. En su interior también brotó un hermoso sentimiento, no era amor. Era lo que algunos llaman compasión. Algunos eruditos nunca llegan a la sabiduría a falta de este sentimiento. Aquella pobre mujer, con los pies descalzos y las manos ásperas de tantos días de dolores terrestres, se enterneció con la criatura de profundos ojos verdes. La contempló como quien busca descubrir el enigma de añejos

mundos encerrados en una retina humana. No supo descifrarla, pero sí reconoció que aquella criatura realizaría grandes prodigios dentro la tumultuosa historia humana. Las estrellas miraban expectantes desde el espacio, las aves cantaban en las copas mientras estas, melancólicas, se despojaban de sus muertas hojas...

Años floridos vivió la familia. La pequeña crecía con una salud y alegrías rebosantes que colmaban de satisfacción las horas de sus padres. A medida que pasaban los años sus ojos parecían absorber el

verde radiante de su entorno. Su suave piel olivácea hacia resonancia con el color de la tierra que acariciaba sus finos pies descalzos. Su cabellera asemejaba a delgadas lianas que ondulaban con el viento. Al no interactuar con personas, debido a que los vecinos más cercanos conformaban una tribu distante a unas diez millas, tampoco aprendió el lenguaje humano. Sus padres no le pusieron nombre alguno, de manera que creció siendo un ente, un ser sin significado.

La estación que más le gustaba era la primavera, pues en este periodo el territorio se engalanaba con las flores más diversas que de las entrañas de la tierra pueda emerger. A los cinco años aprendió el lenguaje de los lirios silvestres. Al principio se ruborizó al percatarse que sus padres no lo hacían, pero se dijo así misma que quizás los adultos ya habían perdido esa capacidad. Lo mismo le pasaría a ella, por ende debía aprender todo lo que pudiese antes de que su infancia agonizara. Reproduzcamos sus primeros diálogos: